

El hombre es un marciano

Por Sebastián SALAZAR BONDY

UN CABLE de Barcelona dio el alerta mundial acerca de la próxima invasión del planeta por fuerzas extraterrestres. Un enemigo sideral, tras una etapa de tentativa y observación, habría decidido ya lanzar sus ejércitos sobre la pequeña esfera que habitamos, en plan de grandes poderosas conquistas espaciales. No obstante que Racso ha rebatido ayer en estas páginas el pronóstico de aquellos visionarios catalanes, la noticia ha hecho recrudecer los temores que alguna vez despertaron aquellos inesperados platillos voladores y que antes permitieron a Orson Wells el escandaloso éxito de "La Guerra de los Mundos" en realista adaptación radial. La imaginación humana siempre concibió — en Platón se perfila ya la posibilidad del mundo atlántico — la existencia de amenazantes vecinos, gratuitamente malquistados con los hombres propiamente dichos, y previó, amedrentada o expectativa, su repentina aparición en las latitudes que hemos cubierto con nuestras invenciones. Los modernos autores de la "ficción científica", para no remontarlos a los utopistas ni a los creadores de aventuras más allá de los límites de lo conocido anteriores a las verdades de la ciencia contemporánea nos ha revelado, están a punto de agotar el tema de las mutuas relaciones entre terrestres y marcianos, jupiterinos, selenitas y otras especies astrales hechas a semejanza del modelo humano

HAY TODA una naturaleza imaginaria en esa literatura que no ha dado aún su gran maestro. Una naturaleza que necesita urgentemente sus biólogos, sus zoológicos, sus geólogos, sus botánicos. El invasor de los astros ha sido descrito en todas las formas que la fantasía puede trazar: se le ha visto como puro ente, como pura sombra de espíritu; se le ha visto como monstruo tentacular, carente de sentimientos, pero de poderosa inteligencia; se le ha visto como insignificante insecto — torpe pulga, sutil mariposa, vaga luciérnaga —, al cual combatiremos con los productos químicos con que ponemos fin a las plagas domésticas. Se ha hablado de su atmósfera ponzoñosa, de su flora semoviente, de sus explosivos musicales, de su cultura mística, de su delicadeza y su horror. Ha sido adivinado como el destructor implacable de nuestros orgullos de cemento armado, de acero imbatible, de explosivas bombas. También alguien lo ha pintado como apostólico, civilizador, dulce y potente por la fortaleza de la mente. No es nada de eso, seguramente. Como ha afirmado Michel Butor todo este muestrario es copia de nosotros mismos, es proyección de nuestra angustia y nuestras obsesiones. Y a la postre, gigante o leve espíritu, cruel o pacificador, el supuesto enemigo se le atribuye el papel de restablecedor del equilibrio inicial, de la inocencia.

LA INSTITUCION de Barcelona que predice el comienzo del fin no hace, a fin de cuentas, otra cosa que postular una nueva versión — no literaria, pero tampoco razonable — del ángel justiciero que el hombre teme ver sobrevenir desde las latitudes que el ojo de la ciencia avizora con sus máquinas zahoris. El mismo mecanismo, en resumen, que desde la imaginación de la Atlántida hasta los marcianos de Bradbury, pasando por las utopías felices de la Edad Media (Paititi, la Anti-Isla, Jauja, etc.), movió el anhelo mesiánico, al cual se libra, en un acto de cobardía, la solución de la crisis que, en cada lapso, afronta el hombre. La solución, por cierto, está en el propio hombre. Es él quien vendrá a hacer que la sociedad y la historia marchen, tal como sucedió ayer y antier, en sentido ascendente y positivo.